

blanco. Y veo correr las letras delante de mis ojos como una punta de toros asustados, apretándose unos contra otros, mugiendo con los cuernos encendidos, cayendo al hoyo que hay en medio de una página. Cuando voy a tapar con la palma de la mano la sima de los toros o las letras, la página aparece blanca y sin estrenar, y al momento se transforma en un campo de trigo sin granar, y después en una fuente con música de oro.

Empiezo a divertirme y me siento fluyendo vivo en la fuente mientras me contemplo desde fuera, espectador de mí mismo. Descubro que tengo sed, y voy a beberme en la fuente...

El maldito despertador me cose con respuntes de ruido a lata vacía, desinflándome el sueño.

¿Por qué se me ocurriría anoche pensar que debía levantarme a las siete y media? ¿Es malo adelantarse con el pensamiento al discurrir de la naturaleza, al devenir del tiempo, ordenar que lo que vaya a ocurrir luego sea como quiero ahora?

Y cuando parece que voy a empezar a soñar filosofías, a cambiar el orden natural de la vida, a meterme en otra fantasmagoría de vigilia, el hombre normal que llevamos para que no se nos hagan los sesos agua, me explica en cuatro palabras:

—No saques las cosas de quicio. Pusiste el despertador porque a las ocho y media en punto tienes que estar fichando en la oficina.

BURBUJA

Nos tropezamos al volver la esquina.

En el inevitable encontronazo,
por un segundo nos unió el abrazo

contra la voluntad; ella, mohina,
deshizo prestamente el dulce lazo

y continuó, camina que camina...

¡Qué pequeñita historia!

Jamás he vuelto a ver
aquel rostro divino de mujer
que vuelve con frecuencia a la memoria.

Parece que fué ayer...

EUGENIO PAYO

ANECDOTARIO EXTREMEÑO

De mis recuerdos periodísticos

BIEN claro amaneció aquel día sobre las torres y las murallas pacenses. Badajoz, que se enorgullecía entonces de sus 35.000 habitantes, vivía aquella vida provinciana que cantaban en sus versos Monterrey y los poetas líricos de su tiempo. Badajoz se enorgullecía también de contar con un Ateneo de altura y un periódico que en aquella época constituía un avance y un progreso para los medios y el ambiente en que se desarrollaban en provincias las publicaciones periodísticas. Titulábase «Noticiero Extremeño» y a mí me tocó, en el rodar de los días, sucediendo a López Prudencio y a Mirabal, dirigir aquel periódico.

¡Qué redacción, Dios santo, y qué sueldos los que cobraba aquella en sus laboratorios de la calle de Montesinos, como se llamaba a los locales donde se escribía y confeccionaba el periódico! Desde los quince duros del gacetillero hasta los cincuenta del director! Y era un periódico «¡a la moderna!» ¡Y qué tertulias las que se formaban en aquella redacción! Desde un gobernador civil que repetía constantemente la frase «la prensa es el cuarto poder del Estado», hasta un señor canónigo que nos contaba chascarrillos eclesiásticos, desfilaron por aquella redacción los tipos más pintorescos que he conocido en mi vida.

De atender y entretener a todos se encargaba nuestro compañero Lucas Sánchez Cuesta que era, si así puede decirse, el jefe del protocolo. Lucas Sánchez Cuesta que usaba, además de su nombre, unos cuantos seudónimos para su múltiple labor periodística—A. de Velís era el más vulgarizado—encarnaba en aquella redacción de «Noticiero Extremeño» el tipo del periodista enciclopédico de aquel tiempo, pues lo mismo «hinchaba» un telegrama, que hacía una crónica de arte y machacaba a los cómicos que se atrevían a montar obras de las entonces llamadas sicalípticas. Husmeador de noticias como pocos y acaparador de ellas casi siempre, él era el encargado de traernos las novedades que alteraban la monótona vida provinciana del Badajoz de 1908 a 1915.

No recuerdo ya con exactitud en qué año de los comprendidos en ese período fué el acontecimiento que motiva estas evocaciones periodísticas. Luquitas, como llamábamos en la intimidad a Sánchez Cuesta, vino a media mañana—yo la aprovechaba entera para el sueño—a despertarme. Cuando me di cuenta de su presencia voceaba inquieto y nervioso alrededor de mi cama.

—¡La gran noticia! Algo sensacional para nosotros y nuestra corresponsalia—gritaba.

—¿Pero de qué se trata—pregunté—para venir a alborotar a estas horas?

—Ab el Aziz, el ex-sultán de Marruecos, llega esta tarde a Badajoz. A mí, la verdad, no me pareció la noticia tan sensacional que mereciera turbar por ella mi sueño; pero como Luquitas la reputaba extraordinaria y provechosísima para la corresponsalia que llevábamos a medias, me resigné a dejarle hacer y que él dirigiera las operaciones estratégicas, limitándome a aceptar un papel secundario en todo aquello.

—Desde luego habrá que ir a la estación a recibirlo—me dijo.

—¿A qué hora llega?

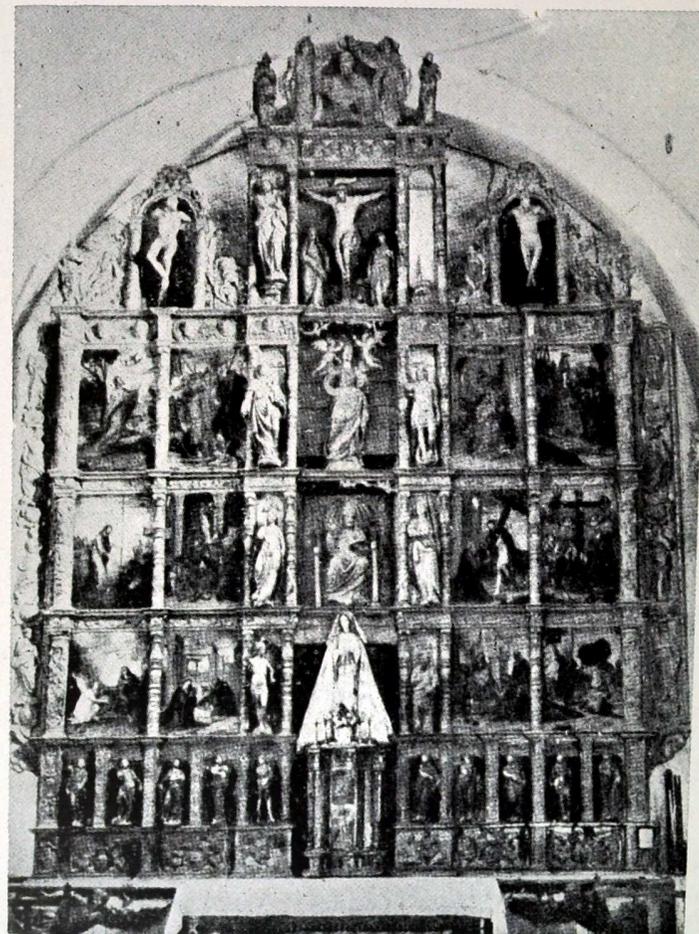
—A las tres. Viene en el tren portugués, procedente de Lisboa y habrá que recoger todos los pormenores de la llegada.—Y añadió, pensando en los emolumentos de la corresponsalia.—Primer telegrama, x palabras; mitad de tasa, x pesetas para cada uno. Un segundo telegrama y aun un tercero y un cuarto de resumen. Total: x pesetas para los gajes de x días, a x gastos extraordinarios. Luquitas las gastaba así cuando se trataba de valorar la profesión.

* * *

A las dos de la tarde, después de comer, llegó a recogerme, según lo convenido mi jefe de protocolo. Venía acompañado de Federico Abarrátegui, secretario de la Diputación Provincial, revistero taurino, corresponsal del «trust» que formaban entonces «El Liberal», «El Imparcial» y «El Heraldo de Madrid» y coplero regocijante y zumbón, tan acreditado en ingenio y en humorismo como en la necesidad de «alumbrarse» para prodigarlo con unos cuantos «farolazos» que se aplicaba en cualquier tasca de las siempre abundantes y acreditadas de Badajoz. Era el único flaco, inofensivo por cierto, de aquel gran Federico Abarrátegui, excelente persona, gran corazón y preciado amigo de sus amigos. Firmaba sus escritos y reseñas de toros con el seudónimo de «Polonia» y tan pronto le vi aquella tarde con el rostro algo congestionado, los ojos inyectados en rojo y la locuacidad desbordante y juguetona en sus labios, comprendí que venía ya «alumbrado» y que la tarde iba a ser rica en episodios festivos.

Lo primero que hizo fué tomarla con la chistera de Luquitas, que se había puesto de tiros largos y contoneaba el garbo elegante de su levita. Luquitas justificaba aquel atuendo que a nosotros, sencillos representantes del estado llano nos empequeñecía, diciendo que iban a la estación las autoridades civiles y militares y todas ellas llevaban traje de gala como correspondía a la visita de un emperador, aunque destronado, y del que se decía traía en su acompañamiento un cortejo lucidísimo y varias mujeres de su harén, de extraordinaria belleza.

Todas estas fantasías hiperbólicas llevaron a la estación de Badajoz a infinidad de curiosos. Cuando llegamos nosotros, invadía la multitud los andenes y ya se declaraba que Ab el Aziz no entraría en Badajoz. Su presencia en la capital extremeña se limitaba a contemplarla de lejos, desde una ventanilla de su coche salón y a recibir



ALBUM EXTREMEÑO: Casas de Don Pedro (Badajoz). Retablo de la Iglesia Parroquial, actualmente destruido

el homenaje de cortesía de las autoridades y elementos oficiales que habían acudido a saludarle. Ab el Aziz, el sultán de Marruecos que hacía poco tiempo había sido destronado por su hermano Muley Hafid, venía de Lisboa y se encaminaba a Sevilla. Su detención en Badajoz, y sólo en la estación del ferrocarril, duraría únicamente lo que se tardara en acoplar al correo de Madrid, que entonces salía a las cuatro y media de la tarde, el coche salón que ocupaba Ab el Aziz para engancharlo luego en Mérida al correo de Sevilla.

La imaginación popular se defraudó con la realidad. Ni Ab el Aziz traía séquito brillante, ni las bellas y fantaseadas circasianas dieron señales de presencia en ningún sitio. El mismo emperador destronado carecía de notoriedad. Yo le ví un momento, a través de las ventanillas del vagón, mientras hablaba con las autoridades, y me pareció más que nada un pobre hombre, con aspecto de abúlico, algo enfermizo, según se puede ver aún en algunos de sus retratos de aquella época. Por orden de Luqitas, el cual, a pesar de las puyas de Polonia, seguía siendo nuestro jefe de protocolo, aguardamos a que terminaran las autoridades de hacer sus cumplidos para irrumpir nosotros en el vagón. Y tan pronto descendió el último, el gobernador civil, precedidos de Luqitas pusimos pie en el estribo Polonia y yo, precediendo a nuestra vez a un verdadero enjambre de periodistas que se había reunido entre redactores de «Noticiero Extremeño», «Nuevo Diario de Badajoz» y «La Región Extremeña», corresponsales, colaboradores y simplemente aficionados.

Ya Ab el Aziz se había retirado al rincón más oscuro de uno de los departamentos del coche y veíamos su figura reflejada como en un espejo en los cristales de una de las ventanillas del vagón. En seguida salió a nuestro encuentro, cerrándonos el paso, uno de los acompañantes del ex-emperador, el que, a juzgar por todo lo que habíamos visto, debía de ser el intérprete.

—¡Che, che, che, che!—exclamó adelantando hacia nosotros las manos en actitud de contenernos. Y luego en claro castellano: —A dónde váis?

Luqitas entró en funciones. Hizo un ademán ceremonioso con la chistera que tenía en la diestra, dobló medio cuerpo por la cintura en otra reverencia y expresó con la solemnidad que requerían el caso y las circunstancias:

—Somos los representantes de la prensa y venimos a saludar y a ofrecer nuestros respetos a Su Majestad Jerifiana.

El intérprete pareció titubear un poco antes de bajar a su posición natural las manos. Federico Abarrátegui le miraba con aquel gesto socarrón que tenía cuando estaba «alumbrado» y el intérprete le miraba a su vez con cierta expresión desconfiada y recelosa. Al fin, recomendándonos que no diésemos un paso más, se apartó de nosotros y, llegándose al rincón donde dormitaba Ab el Aziz, habló varias palabras en voz baja. Ab el Aziz hizo un gesto de indolencia, más bien de cansancio o de fastidio, y volvió a cerrar los ojos, sumiéndose en aquella especie de ensimismamiento melancólico que parecía ser su característica. En seguida salió el intérprete.

—Su Majestad—nos dijo—*agradece vuestro saludo, os corresponde y os da licencia para retiraros.*

Todos nos miramos unos a otros. Luquitas, nuestro jefe de protocolo, callaba corrido y desconcertado. Y entonces Federico Abarrátegui se adelantó hacia el intérprete y con su humorismo y su repentización, esa *repentización extremeña que yo pondero siempre cuando me hablan de la andaluza, hizo un juego de palabras y hasta para ortografiarle denotó lo rápido y espontáneo del ingenio extremeño:*

—¡Alá te guardel!—dijo al intérprete—¡Ala! (y el que quiera que le ponga una hache), vámonos porque me parece que nos han echado de aquí.

Huelga decir que la carcajada que mereció la ocurrencia de «Polonia» contagió hasta al impecable Luquitas que rompió el protocolo calándose la chistera y ladeándola como un castizo para salir del vagón.

ANTONIO REYES HUERTAS

REFLEJOS

Yo veía en tus ojos fulgir chispas brillantes
en las horas sagradas de delirio amoroso
y en la magia suprema de tan dulces instantes
tuve el alto presagio de lo grande y lo hermoso.

¿Eran irradiaciones de la hoguera encendida
de mi Amor que al mirarte gozoso se inflamaba?
¿Era el fulgor radiante, la plétora de vida
que tu ingenua y joyante juventud emanaba?

Yo no sé lo que era. Sólo sé que al mirarte
se abrían mis entrañas. Yo quería besarte
con un beso infinito de infinita ternura.

Con el beso infame que acaricia la aurora
a la verde campiña que triunfal se colora
con los oros radiantes del sol de Extremadura.

JUAN LUIS CORDERO



Voces y expresiones viciosas

**Familiar no; pariente,
deudo o allegado, sí**

LA voz *familiar* tiene distintas significaciones, como veremos ahora. Familiar,

de *familiaris*, es lo que pertenece a la familia, ¡Qué invención más simpática es la familia!, como dijo el juvenil héroe de *Cabeza de zanahoria*. Al trato llano y sencillo se le llama *familiar*, y se dice de lo que uno tiene muy sabido, y del lenguaje natural y corriente. En todos estos casos lo usamos como adjetivo.

Como sustantivo ofrece numerosas acepciones. Criado o sirviente; paje de un obispo; Ministro de la Inquisición; demonio que tiene trato con una persona; coche de cuatro o más asientos, etc. Pero el único significado que no puede atribuírsele, es el más generalizado en boca de doctos e ignorantes, porque ¿quién no ha oído decir al hombre más conspicuo: «Los familiares del difunto están muy apenados», o quién no ha leído en letras de molde: «Damos nuestro más sentido pésame a los familiares del ilustre finado»?

Uno encuentra en la calle a un *familiar* de Fulano y le saluda muy cordialmente; otro aconseja que digan a los *familiares* de Zutano la gravedad de su dolencia; éste escribe en una invitación: «Puede Ud. venir acompañado de dos o más familiares»; y aquél pregunta: «¿Juan García es familiar suyo?»

Todos estos modos de emplear la voz *familiar* son incorrectos. Y como el mal ejemplo crece como el boabad o la mala hierba, se pega como la tiña y se propaga como el fuego, no hay literato, poeta, autor dramático, periodista, etc., que cuando tiene que referirse a un deudo, pariente o allegado, deje en los puntos de la pluma, como debiera, la palabra *familiar* y tire de cualquiera de estas otras.

Vamos a ver ahora en varios ejemplos tomados de clásicos y modernos, el adecuado uso de dicha voz.

«Yendo camino solo un rey de Castilla con un paje diligente que le había seguido, y familiar suyo». Juan de Timoneda. (*El Sobremesa y Alivio de caminantes*).

«Cuando Pompeyo volvió a visitarme, como no halló mi estatua ni a sus familiares, preguntó a los huéspedes por ellos; dijéronle como la noche antes habían salido de allí con los baúles no sabían adónde.» Mateo Alemán (*Guzmán de Alfarache*).

«Que si el diablo no puso allí aquellos doblones, que no los puso él, que me prendiesen porque tenía familiar.» (*Ibidem*).

«... y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del Gobernador.» Antonio Solís. (*Historia de la conquista de México*).